

# Introducción

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ

Parece que no se podría ni sabría ya en el mundo bivar sin el ejercicio del escribir con el qual se conservan las intelligencias de los ausentes, exprimiendo sus conceptos y voluntades.

J. DE YCIAR<sup>1</sup>

## I

A tenor de las palabras del maestro de escritura durangués, la sociedad de mediados del Quinientos ya no podía permanecer al margen del «ejercicio del escribir», es decir, de la cultura de lo escrito y, por lo tanto, de la doble posibilidad de su puesta en uso: la escritura y la lectura, el escribir y el leer. Inscritas en la dedicatoria de la obra, «al ilustríssimo y excelentíssimo príncipe don Hernando de Aragón», dichas palabras responden, naturalmente, a la estrategia de justificación y defensa del texto esgrimida por el propio autor. Sobre todo, teniendo en cuenta que «después de la invención de la impresión, que fue a la verdad cosa divinalmente inspirada para utilidad de los hombres, no se tenga el cuydado que antes, de saber perfectamente escribir de mano» (fol. 1r). Sin embargo, tales motivaciones no restan un ápice de valor a la realidad que se refleja en dicho preámbulo o la que se infiere de la fortuna editorial que, a partir de entonces, irían adquiriendo los manuales de escribientes, los artes de escribir y las cartillas para enseñar a leer. De hecho, la cultura de lo escrito, simbolizada contemporáneamente en la imagen de un tintero, una pluma y un libro, señalaba, a los ojos de las personas más cultas, según lo vemos en el grabado xilográfico del *Pentaplon christianae pietatis* de Antonio de Honcala, impreso en Alcalá de Henares en 1546 por Juan de Brocar, la transición desde la edad pueril a la edad madura.

Por lo tanto, sin esconder ni despreciar la matriz oral y visual de la cultura del barroco, tan perceptible en la rica versatilidad de la

oratoria sagrada o en las formas del teatro y de la pintura de aquel tiempo, tampoco se puede discutir el protagonismo que fue ganando la escritura, especialmente desde la segunda mitad del siglo xv. Por supuesto, ese incremento de la necesidad social del escribir y del leer, manifestado, por ejemplo, en la asiduidad de las representaciones literarias referentes a ello, se comprende aún más si lo insertamos en el curso de la lenta mutación desde lo oral a lo escrito que se fue produciendo en las sociedades del Occidente europeo a partir de los siglos xi-xii. Si bien, en la trayectoria de la misma, el período que se inaugura mediado el xv, paralelamente a la difusión de la imprenta, introduce novedades significativas. Marca el tiempo de una presencia más notable de la escritura reflejada tanto en las prácticas políticas y oficiales como en otras más vinculadas a la cultura mercantil precapitalista, y, más ampliamente, en la ordenación de las relaciones e intercambios sociales, donde la extensión del fenómeno de la delegación de escritura constituye su más acabado paradigma;<sup>2</sup> además, claro está, del aumento, cada vez más evidente, de la producción de libros impresos de todo género, argumento y categoría: grandes y pequeños, eruditos y populares, en lenguas vulgares o clásicas.

## II

«Y porque no sabía firmar rogué a [...] que lo firmase por mí de su nombre», o cualesquiera otra de sus variantes, es la fórmula con la que se indica la incapacidad o imposibilidad de firmar al pie de los documentos cuya garantía jurídica requiere de la suscripción autógrafa. Por supuesto, el motivo por el que se recurre a un intermediario no siempre está en el analfabetismo, pues también pueden darse otras situaciones que lleven a ello. Sin entrar en las viejas polémicas sobre si hay o no una relación entre la firma y la capacidad de escribir;<sup>3</sup> lo que más me importa señalar es la difusión misma del fenómeno como revelador de la penetración social de la escritura. En efecto, dicho extremo puede constatarse por la recurrencia documental de los testimonios que conciernen al «escribir para otros», con independencia de las razones específicas de cada caso o, incluso, de los mediadores gráficos solicitados en cada momento, ya fueran maestros y profesionales de la escritura, o bien personas del entorno familiar o laboral del individuo implicado.<sup>4</sup> Pero no solamente por las prácticas acreditadas en los documentos de archivo, sino, de manera aún más completa, por las huellas dejadas en el imaginario

colectivo y recreadas en la ficción literaria. Así, las mismas mediaciones gráficas a las que se vieron compelidos en 1539 la lavandera María Díaz, el cocinero Juan Salazar o el barbero Pedro, todos ellos analfabetos, empleados del Colegio Mayor de san Ildefonso de Alcalá de Henares, cuando hubieron de recurrir a ciertos miembros del cuerpo académico para extender el recibo justificativo del sueldo percibido,<sup>5</sup> las experimentaron en carne propia un buen número de los personajes de la literatura áurea. Sirva como botón de muestra el fragmento del *Quijote* donde se nos refieren las dificultades que tenía Teresa Panza cada vez que pretendía mandar una carta a su marido, especialmente después de que Sancho fuera nombrado gobernador de una ínsula tan imaginaria y singular como Barataria:

El bachiller se ofreció de escribir las cartas a Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y, así, dio un bollo y dos huevos a un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido y otra para la duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.<sup>6</sup>

El pasaje desvela igualmente algunas de las circunstancias que intervinieron en dichas situaciones, entre ellas el secreto de la escritura más personal e íntima y el recelo de compartirlo con personas que no fueran de la estricta confianza de quien acudía al intermediario gráfico. Teresa no sabía efectivamente ni escribir ni leer, y en eso no desentona de la realidad en la que se encontraron muchas otras personas de su tiempo, la mayoría, en particular las que vivían en los pueblos, pertenecían a las clases populares y las mujeres, los tres factores que más incidieron en la distribución social de la alfabetización; pero, aparte de eso, en distintas ocasiones precisó de la escritura y de la lectura, y entonces no tuvo más remedio que servirse de la competencia alfabética de otros. Lo que implica también que la alfabetización debe considerarse y estudiarse desde una perspectiva amplia que no se restrinja a la identificación numérica y social de los firmantes de cada época, sino que, además, explore los contextos, espacios y métodos bajo los que se hizo efectiva la relación con la materia escrita.

### III

«[...] Porque no he tenido lugar de escribir, que yo doi a Dios tantas cartas como cada ora y momento reço, sin tener otro descanso sino solamente oír la missa y todo el día escrever y escrever car-

tas», comentaba el banquero Andrés Ruiz a su hermano Simón en una carta fechada en Nantes a 28 de octubre de 1576.<sup>7</sup> Los archivos privados de la familia Ruiz, depositados mayoritariamente en el Histórico Provincial y Universitario de Valladolid, simbolizan la importancia del papel atribuido a la escritura en el desarrollo del capitalismo comercial. Asimismo, como señaló José Antonio Maravall, expresan la organización sedentaria del trabajo cuyo exponente máximo estaba precisamente en los libros de contabilidad.<sup>8</sup> Naturalmente, el recurso a la escritura por parte de los grupos sociales económicamente más emprendedores no era del todo nuevo, sino que tenía precedentes bajomedievales. De ahí, una vez más, la necesidad de ubicar en esa época el inicio de muchos de los cambios que luego florecieron en la Edad Moderna. Desde una perspectiva diacrónica, el significado de la aventura castellana de los Ruiz, de Medina del Campo, entronca con lo que, en la Prato del siglo XIV, había supuesto la actividad, convertida en producción escrita, del mercader Francesco Datini.

Con todo, la talla excepcional de algunos mercaderes y el voluminoso legado de algunos de sus archivos no desmerece la calidad de otros testimonios cuantitativamente más modestos pero igualmente reveladores de la extensión social del escribir, especialmente entre los banqueros, mercaderes y artesanos, pero también entre otras personas de condición social más humilde. A partir del siglo XIV creció el universo social de los usuarios, directos o indirectos, de la escritura, siendo su muestra más clara la diversificación y riqueza de las actividades gráficas. No solamente por los libros y cuadernos más prototípicos de la cultura empresarial, los administrativos y contables, sino particularmente por la creciente difusión de una escritura de ámbito privado que halló sus prácticas más genuinas en el intercambio epistolar y en los diarios y libros de memoria. Una prueba fehaciente de la nueva dimensión social alcanzada por la escritura nos la ofrece James S. Amelang en su amplio estudio de más de doscientas autobiografías de artesanos escritas entre finales del siglo XV y el XVIII,<sup>9</sup> un número que acredita la extensión de la escritura en primera persona más allá de la minoría letrada. Los diarios y libros de memoria, nacidos a veces como cuadernos de cuentas, según comprobamos en el diario del mercader valenciano Pere Soriol (1371), en el «livre de raison» del vinícola Jean de Barbentane (finales del XIV-principios del XV), en los dos librillos de cuentas y recuerdos del agricultor Benedetto del Massarizia (1450-1502 y 1461-1485), pequeño propietario y aparcero, o, ya entrado el Seiscientos, en el *diari* del *pagès* Joan Guàrdia (1631-1672) terminaron consti-

tuyendo el territorio de un escribir autobiográfico.<sup>10</sup> Una suerte de escritura de la memoria que, en la palabra de alguno de sus autores, estaba planteada también para transgredir el silencio de la muerte y la condena del olvido, es decir, para algo más que la sola necesidad instrumental y operativa de consignar unos ingresos o registrar unas deudas. El caballero barcelonés Jeroni Pujades lo expresó con claridad en su *Dietari* al anotar lo siguiente: «Y porque nuestra naturaleza es mortal, como nos enseña la experiencia, nos dicta la fe y nos escribe san Pablo, 1 Cor. c. 16, Hebr. c. 9, y así no podemos perpetuarnos para poder contar y transmitir a nuestros hijos y descendientes lo que pasa en nuestro tiempo, por eso está bien escribir y dejar continuidad de lo que hoy pasa, para que por medio de la escritura se pueda saber en el futuro».<sup>11</sup>

La referencia a las cartas señala, por otra parte, una de las principales prácticas sociales de la cultura escrita moderna. La relación epistolar se convirtió efectivamente en una de las formas más representativas de la comunicación escrita, objeto por ello mismo de una extensa tratadística sobre las cartas mensajeras que, desde Italia, llegó a España, encaminada a fijar y normalizar la forma de escribirlas y el protocolo de su redacción, como el libro inaugural de Gaspar de Texeda, *Estilo de escrebir cartas mensageras*, del que se llegaron a publicar tres ediciones en apenas seis años (1547, 1549 y 1553), las últimas coincidiendo en el mercado con otra obra del mismo autor, *Segundo libro de cartas mensageras*, agraciado también con tres ediciones en cuatro años (1549, 1551 y 1553). Mediado el siglo XVI apareció igualmente el *Nuevo estilo d'escrebir cartas mensageras* de Juan de Yciar (1547 y, con adiciones, 1552) y el *Manual de escribientes* (ca. 1552) de Antonio de Torquemada. Por la intensidad editorial de los «estilos de escribir cartas» quedaba claro que éstas se habían convertido en la práctica social de escritura más significativa.

A través de ellas las órdenes de la monarquía hispánica cruzaban el Atlántico con destino a sus posesiones indianas y recorrían los caminos europeos, ponían en relación a los trotamundos más notables o aseguraban el contacto entre las gentes de letras; pero también, claro está, cumplían una función más ordinaria y prosaica: la de poner en conversación a personas ausentes. En una de las suyas, fechada en Zubieta a 16 de mayo de 1618, Antonio Navarro de Larreategui escribía inquieto a Lorenzo de Leaegui, porque «no tengo carta de Vm., días y aún meses ha que la deseo por saber de su salud, que me tiene con cuidado».<sup>12</sup> Un sólo apunte de otra del jesuita António Vieira, escrita desde Maranhão (Brasil) en 1657 y

dirigida al padre André Fernandes, trasluce la eficacia comunicativa de la carta, sobre todo cuando la distancia levantaba su barrera:

Escribí al Rey por la Junta, por el Consejo de Estado e por el Ultramarino, mandando en papeles particulares todas las informaciones necesarias y también las posibles; escribí al obispo, capellán mayor y al padre Nuno da Cunha; escribí al doctor Pedro Fernandes Monteiro y al padre Manuel Monteiro y al doctor Martim Monteiro; y escribí al conde de Odemira; escribí a Pedro Vieira da Silva; escribí al padre general, asistente, secretario y procurador de Roma; escribí al padre provincial de Alentejo y al de Beira; escribí también en Beira al padre Mateus de Figueiredo, y en Alentejo al padre Francisco Soares; informando, rogando, protestando e importunando a todos sobre este negocio, que es el único que tengo y he de tener en mi vida, y sobre todo cansando a V. S no con cartas, sino con resmas de papel escritas [...]<sup>13</sup>

Obviamente la extensión social del escribir privado no puede ocultar dos de los factores que más la determinaron, a saber, la clase y el género. Los discursos de las elites políticas y culturales sobre el acceso a lo escrito, incluso los aparentemente más abiertos, reiteraban que la adquisición de la escritura y la práctica de la lectura no tenían por qué ser iguales para todos; y, aunque admitían la ampliación de las primeras letras a las clases populares, eso no significaba que éstas tuvieran acceso a los mismos niveles de conocimiento y saber que los sectores más acomodados.

Respecto a las mujeres, se insistía en el aprendizaje de la escritura a partir de muestras tomadas de libros de devoción y en las lecturas exclusivamente formativas, mientras que se desaconsejaban las obras de pura distracción que pudieran evadir la imaginación y llevarla a inventar aventuras como las que hicieron «enloquecer» a don Quijote, señal evidente de que ésas se efectuaban.<sup>14</sup> Asimismo lo señalan los inventarios de bibliotecas femeninas de Valencia entre 1470 y 1559 estudiados por Philippe Berger, llevando a éste a decir que «Juan de Mena, *Amadís de Gaula*, *La Trapesonda*, *El conde Partinobles* y *Tirant lo Blanch* también figuran entre los libros de las valencianas a despecho de los espavientos de un Luis Vives que, desgraciadamente para él, no tiene el honor de aparecer en las estanterías de sus conciudadanas». No solamente son los datos cuantitativos de posesión de libros por parte de las mujeres los que revelarían una tendencia general al aumento de la proporción de lectoras, sino, más aún, la emergencia de la cuestión femenina, en ese caso, en la Valencia del Renacimiento.<sup>15</sup> Además, otros estudios, como el de Nieves Baranda, han profundizado en el ascenso de la figura de la mujer escritora, cuyo punto de inflexión estaría en el último decenio del siglo XVI y tendría su hito en la persona de Teresa

de Jesús, continuada, en el siglo XVII, por una amplia relación de escritoras, dando lugar a un censo de más de cuatrocientas mujeres poetas en todo el Siglo de Oro.<sup>16</sup> Indagar por estas vías supone también sentar las bases para un estudio que no se empecine solamente en la medición del alfabetismo/analfabetismo, sino que, por el contrario, explore las actividades y prácticas del escribir y leer en femenino, en la medida que puedan ser exponentes de una forma distinta o no de relación con la materia escrita y puedan caracterizar la creación de las mujeres como un campo de producción simbólica. En ese horizonte, la amarga realidad transmitida por ciertas estadísticas y las cautelas hacia la alfabetización femenina presentes en los discursos dominantes, hegemonizados por determinados varones, moderadamente permisivos en el razonamiento de Luis Vives y absolutamente reaccionarios en la obra de los reformadores finiseculares (verbigracia Gaspar de Astete),<sup>17</sup> no oscurecen el valor que tienen los testimonios que nos hablan de la extensión de la escritura y, aún más, de la lectura entre las mujeres o la considerable nómina de escritoras que se pueden censar entre la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII, muestra, probablemente, de una transformación del arquetipo de femineidad que desembocará en el modelo femenino de la mujer escritora.

#### IV

Si el cronista y doctor en derecho Jeroni Pujades (1568-1636) era consciente, al escribir sus memorias, del valor de la escritura como fármaco contra el olvido, aún era mayor el papel que la misma desempeñaba, en todos los sentidos, para la monarquía. No en vano, la *Instrucción para el gobierno del Archivo de Simancas* (1588), promulgada por Felipe II para ordenar su funcionamiento, recuerda «que en las escripturas consiste la memoria de la antigüedad», de ahí que en el castillo de Simancas «se formassen algunos aposentos donde se pudiessen recoger no solamente las desta calidad [«las que tocauan al patrimonio, estado y corona real destos reynos y al derecho de su patronazgo»] pero otras generales que tocauan a los dichos nuestros reynos y vasallos dellos».<sup>18</sup> La memoria escrita se constituye como un instrumento imprescindible para el gobierno del reino, según acredita, en época de Felipe II, el importante incremento de la demanda de copia de escrituras al poco tiempo de crearse el Archivo de Simancas, dando la «impresión de que se estuviera esperando con cierta impaciencia el asentamiento del archivo para

acudir a solicitar sus servicios»;<sup>19</sup> como garante de la memoria permanente: «la voluntad de su magestad ... es, según me ha mandado, significar que esto esté con abundancia de escripturas, pues ha de ser memoria perpetua», como le dijo Diego de Ayala, el primer archivero «sedentario», a Diego de Espinosa en una de sus cartas;<sup>20</sup> y como soporte del libro de la historia, a lo que se alude en una de las instrucciones simanquinas: «Otrosi mandamos que se haga otro tercero libro de las cosas curiosas y memorables que ay y huuiere en el dicho archiuo, de que también se podria sacar sustancia leyendo en él como en historia»;<sup>21</sup> sin olvidar tampoco que determinados cronistas, como Esteban de Garibay y Jerónimo Zurita, plantearon también que la historia tenía que escribirse partiendo de los materiales de archivo y no de las crónicas, como se había venido haciendo hasta entonces.

De todo ello habla igualmente Felipe II en la comisión encargada al secretario y cronista de Aragón en 1567 para «recobrar i recoger las dichas instrucciones, memoriales, cartas, escripturas de los dichos embaxadores, secretarios, ministros, i otros oficiales que han sido nuestros, i de los reyes nuestros antecesores, que están en poder de sus herederos, e de otras qualesquiera personas, i en qualesquiera partes i lugares, para que aquellos se lleven al nuestro Archivo de Simancas, e se recojan e guarden en él, juntamente con las demás que de presente ai allí», por cuanto en dichas escripturas estaba la memoria de las cosas pasadas, la información para la buena dirección de las presentes y el material para escribir una historia en la que estaba comprometido el mismo Zurita:

i que ansí de las cosas passadas, concernientes al Estado i cosas públicas, no ai la noticia que conuernía para la buena dirección de las presentes, i de las que cada día ocurren; que assí mismo las personas que tienen cargo de escribir las historias e crónicas, no tienen el fundamento e luz que devrían tener para que aya de las cosas passadas la verdadera i particular memoria que ha de aver.<sup>22</sup>

El Archivo de Simancas, archivo del Poder, archivo de la Administración y archivo de la Historia, se alza, como la Biblioteca de El Escorial en el orden libresco,<sup>23</sup> en el lugar más emblemático de la memoria del poder, en especial de la memoria escrita. En su fundación y formación se simboliza la reciprocidad de la relación que se establece entre el Poder y la escritura: el primero precisa de lo escrito como salvaguarda de sus atribuciones, rentas y memoria, mientras que la segunda manifiesta en esas circunstancias el poder que encierra la palabra escrita; el mismo que el príncipe de Orange y los



sublevados contra el cardenal Granvela expusieron en una carta a Felipe II: «le suplicaban por esto diese crédito a sus cartas como a sus personas y perdonase la llaneza de su estilo, pues no siendo oradores hacían más profesión de bien servir que de bien hablar».<sup>24</sup>

El poder inherente a la escritura hizo de ella un instrumento eficaz para la información, la administración, el gobierno y la propaganda. Ésta se concretó en el significado político de ciertas escrituras expuestas,<sup>25</sup> en las estrategias editoriales, en el mecenazgo librario y en la idea bibliotecaria materializada en El Escorial. La actividad política se resolvió en el gobierno del despacho, asociado indudablemente al paso desde una administración de fundamento judicial a otra de carácter más gubernativo, esto es, lo que António M. Hespanha ha definido como el desplazamiento de la estructura pública de la Corona desde el campo jurídico-jurisdiccional hacia otros campos de producción del poder.<sup>26</sup> La escritura se hizo tecnología indispensable del Estado Moderno, aún más, cuando, como la monarquía hispánica, se tenía que hacer frente a la gobernación de un territorio tan vasto y disperso. Se fue perfilando así un sistema de poder aferrado a la consulta escrita que tuvo su figura más paradigmática en Felipe II, un rey «papelero» y «escritófilo» que tenía la costumbre de pasar largas temporadas sin moverse del Palacio y que gustaba de anotar minuciosamente hasta el detalle más mínimo,<sup>27</sup> de manera que «por medio dellos [los papeles] meneaba el mundo desde su real asiento», según escribió Cabrera de Córdoba, uno de sus biógrafos más notables.<sup>28</sup>

En otro orden, el poder de la escritura se manifestó también, más allá de las posibilidades y expectativas de lectura, en su inscripción sobre la superficie de los muros. Las paredes volvieron a hablar con una frecuencia sólo emparentable con la que habían tenido en la Roma antigua y lo hicieron para mostrar las expresiones y sentidos más diversos. Fueron escenario de la lucha política, desahogo frente a los abusos de cualesquiera de los poderes formalmente constituidos, soporte de la contestación religiosa, vehículo de la injuria y de la infamia personal, o espacio de las manifestaciones gráficas más lúdicas e intrascendentes. Un poco de todo ello, junto a las escrituras expuestas orquestadas desde el Poder, fue lo que se dio a conocer en la superficie de los muros, ya fuera bajo la forma material de un pasquín o libelo o bajo la de un grafito. Las paredes mostraron así su potencialidad como espacio comunicativo expuesto a una difusión y apropiación coral, pública. Y desde las mismas se hicieron oír las voces más variopintas, alfabetizadas o no, pues para ello estaban también los intermediarios gráficos. En el mismo ám-

bito de las prácticas marginales o impropias del escribir, llamadas así en la medida que nacieron de la transgresión y de la apropiación para la comunicación de espacios y objetos inicial y oficialmente no destinados a ese fin, se encuentra el abanico de los usos mágicos de la escritura. Conjuros, oraciones, «cartas de Cristo», amuletos, talismanes y fórmulas de protección, señalados por su valores milagrosos y taumatúrgicos, son manifestaciones de una religiosidad «popular», o paralela, es decir, no ortodoxa, perseguidas y reprimidas por la teología católica, heredera, en esto, del concepto romano de la magia como algo contrapuesto a la religión.<sup>29</sup>

Al ser la escritura un símbolo de la visibilidad del poder se atendió igualmente al cuidado de los aspectos más estrictamente formales, es decir, a todo aquello que pudiera intervenir en la constitución de la misma como imagen de significado político, algo así como la representación de la autoridad mediante un complejo mensaje simbólico dirigido al exterior.<sup>30</sup> En esas ocasiones, el escrito desempeñaba las mismas o similares funciones semióticas que podían estar detrás de las fiestas reales, de las arquitecturas efímeras levantadas entonces o, más ampliamente, de todo el repertorio gráfico —libros incluidos— de las formas de propaganda y figuración política; por ello la necesidad también de atender y regular los elementos expresamente gráficos del escrito de poder, así como los protocolos seguidos en la redacción. Lo primero, que se emparenta con la noción aristotélica del texto como metáfora cognoscitiva del cuerpo humano,<sup>31</sup> se encuentra en las ideas planteadas, en el último tercio del siglo XV, en *Las bienandanzas e fortunas* de Lope García de Salazar:

Alixandre, conbiene vos que sean vuestros escribanos para escrebir vuestras cartas e vuestros preujllejos escogidos quales yo diré. E vuestra carta muestra qual es el vuestro seso e el vuestro entendimjento. Los escriuanos el cuerpo del alma e la letra es el afeytamjento, e de ser biuo, e muerto, e sesuso, así conbiene que sean vuestros escribanos; que metan la Rasón bien conplida e en letra fermosa e apuesta [...],<sup>32</sup>

reproduciendo, casi literalmente, lo mismo que se decía en la *Poridat de las poridades*, del siglo XIII, versión castellana del *Sirr al-asrār* (*Secretum Secretorum*), atribuido a Aristóteles.<sup>33</sup>

La preocupación por el «afeytamiento» de la letra, en cuanto la misma simboliza el cuerpo de la autoridad, está presente en las *Ordenanzas de la Real Chancillería de Valladolid* (1489) cuando se manda al chanciller «que no selle prouisión alguna de letra procesal ni de mala letra, e si la traxesen al sello, que la rasgue luego»,<sup>34</sup> así como en los aranceles de principios del XVI en los que se contra-

pone la «buena letra cortesana» y la «procesada». Pero, sobre todo, se explicita y divulga a través de una amplia producción de artes de la caligrafía y manuales de escribientes, instrumentos claros de la reforma humanística, que, desde Italia, difundieron, junto a los nuevos tipos de letra, una moderna teoría de la escritura.<sup>35</sup> En uno de los más celebrados, el *Manual de escribientes* (ca. 1552) de Antonio de Torquemada, el secretario responde así a sus interlocutores discípulos, Josepe y Luís:

Aunque me preguntáis una cosa muy notoria, os la diré. Y es que la letra ha de ser de buen tamaño, ni muy grande ni muy pequeña, hermosa, y gual, clara, de manera que se dexe bien leer, las partes apartadas, y que sea conforme al uso del tiempo y de la tierra donde se escribe.<sup>36</sup>

Este manual y cuantos se publicaron por entonces y después incidían siempre en la elegancia de la escritura y en la normalización de los protocolos gráficos y textuales que debían observarse en las diferentes modalidades del escribir político y social, especialmente respecto a la «policía y estilo de las cartas misivas», como se decía en *Corte na aldeia* (1619) de Francisco Rodrigues Lobo,<sup>37</sup> lo que, de hecho, implicaba una estrategia de disciplinamiento del escribir apoyada en las ventajas difusoras de la imprenta. Vuelvo de nuevo al *Manual de escribientes*, en concreto al fundamento que el autor hace «De las consideraciones que han de hazer los que escrivieren alguna carta para no errar en lo que dixieren»:

El que començare a escrevir una carta, ponga primero en su entendimiento y tenga delante de sus ojos, como espejo en que se mire, estas seis cosas: Quién, A quién, Por qué, Qué, Quando, De qué manera. Porque sin ellas yrá como el ciego que ni sabe el camino ni tiene quien se lo enseñe, y aunque vaya atentando, por fuerza una vez o otra ha de dar consigo en algún despeñadero; y el que ynconsideradamente escriviere, avrá de despeñarse en algunos yerros muy profundos, y de donde tenga muy gran dificultad en salir.<sup>38</sup>

## V

«Porque quando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno desto libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas».<sup>39</sup> Esta escena, situada por Cervantes en la venta de Juan Palomeque, el escenario libresco donde el autor abandonó una maleta que, entre otros textos, contenía el manuscrito titulado «Novela del

curioso impertinente», leído en el capítulo siguiente, nos lleva a otro territorio de la cultura escrita: el de los libros, los lectores y las lecturas, visto desde la interrelación que debe establecerse entre la materialidad de los textos, los horizontes de la lectura implícita y las estrategias editoriales, y la historicidad de las distintas maneras de apropiarse de ellos.<sup>40</sup>

Cervantes nos pinta una de las más cotidianas, la del leer en alta voz, aquella que mejor representa la apropiación lectora de las clases populares. Pues, aunque dicha modalidad de lectura no fuera exclusiva ni privativa de dichos ambientes, sino que también formaba parte de la difusión de lo escrito en otros dominios privados,<sup>41</sup> sí resultaba una de las formas más características del acercamiento a la materia escrita por parte de esos grupos sociales.<sup>42</sup> En tales oportunidades, según vemos en el tan conocido y comentado capítulo 32 de la Primera Parte del *Quijote*, la experiencia lectora se vive gustosamente como un momento de magia y embeleso: a) «Y yo ni más ni menos —dijo la ventera—, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces»; b) «Así es la verdad —dijo Maritornes—, y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas [...]. Digo que todo esto es cosa de mieles»; c) «No sé señor, en mi ánima —respondió ella [la hija del ventero]—. También yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oírlo».<sup>43</sup>

La apropiación oral y el alto analfabetismo de las clases populares casa perfectamente con las características formales de muchos de los impresos de larga circulación, sean éstos los castellanos *pliegos sueltos poéticos*, el equivalente inglés de las *broadside ballads*, los *romances*, las *historias*, las *relaciones de sucesos*, los *almanaques* y los *occasionnels*, amén de los *libros azules* y los *chap-books*.<sup>44</sup> En general todos ellos responden a programas editoriales muy similares y de ahí que suelen ser textos estructurados en secuencias breves, separadas unas de otras y hasta encerradas en sí mismas, es decir, fragmentados en unidades de lectura ajustadas perfectamente a la duración de una velada; acompañados de imágenes para fijar y memorizar el sentido; y que requerían más de la repetición que de la invención, de modo que cada pieza venía a ser una variación sobre temas y motivos ya conocidos.<sup>45</sup>

Junto a esa, la lectura silenciosa construye un espacio de relación con el texto más personal. Una modalidad que tiene sus raíces en la mutación cultural de los siglos XI al XIII, cuando se gesta el libro universitario y el modelo del leer escolástico, teorizado en el *Di-*

*dascalicon* (ca. 1128) de Hugues de Saint-Victor.<sup>46</sup> Se instaura entonces una práctica de lectura concentrada en un repertorio reducido de libros, leídos y anotados, que luego, a partir del siglo xv, triunfará entre los humanistas y estudiosos de la Edad Moderna.<sup>47</sup> Entre la minoría sabia el modelo librario por excelencia era el libro de estudio y conocimiento, cuya apropiación forma parte de una modalidad de lectura, la humanista, simbolizada por la rueda de los libros y el cuaderno de los lugares comunes.<sup>48</sup> En el siglo xvi el espacio del leer erudito era normalmente el escritorio-mueble, provisto de cerradura, mientras que a lo largo del xvii se fue generalizando el escritorio-habitación, señalando así el interés cada vez mayor por la lectura en soledad y en silencio. Lo que no significa que éstas fueran las únicas posibilidades de la lectura silenciosa, pues ésta también rigió algunas experiencias populares de apropiación de los textos, y, por supuesto, lo hizo en relación a la lectura personal de libros de rezo y devoción. Donde también, por cierto, podía darse la lectura oral, como la que, cada noche, hacía María de Ávila a su señora la duquesa del Infantado del «librico de la doctrina christiana» escrito por Isabel Ortiz: «y esta testigo tomó el dicho pater noster y se le reçaúa a la duquesa cada noche a par de su cama».<sup>49</sup>

Por lo mismo, el texto leído y escuchado por los segadores en la venta manchega no tenía por qué ser necesariamente distinto, en cuanto a la materia, a algunos de los que circulaban en los ambientes eruditos. Obsérvese, por ejemplo, que, mientras que en el siglo xv, los romances eran tildados por el Marqués de Santillana, en su famoso *Prohemio*, como obras del gusto de «las gentes de baxa e servil condición», en el xvi, después de que Martín Nucio tuviera la idea de reunirlos en un cancionero impreso, penetraron en los círculos cortesanos y se contaban entre los aristócratas.<sup>50</sup> En definitiva, la diferencia estaba más bien en las formas que, en cada caso, gobernaban la apropiación, es decir, en las maneras de efectuar la lectura y dar sentido a lo leído o escuchado.

La circularidad de los textos y de las prácticas rompe las barreras levantadas por los estudios elaborados a partir de las estadísticas de posesión y acumulación libresca, y, por el contrario, abre perspectivas mucho más enriquecedoras. En ellas resulta más esclarecedor determinar las expectativas de lectura introducidas en los propios textos, ya sea por el autor mismo o por cuantos agentes intervinieron en su transmisión y difusión (traductores, correctores, tipógrafos, editores, etc.). Conviene reflexionar sobre la plasticidad del artificio librario, esto es, sobre el sentido implícito en las formas y las interrelaciones, en éstas, entre el texto y la imagen, tan

estimulantes en la edición del Siglo de Oro, ya sea en los libros científicos o en el surtido de la literatura de venta ambulante, en la medida que orientan modos específicos de realizar la lectura y aprehender el texto. Dichas imbricaciones entre las presentaciones formales y las diversas maneras de consumir la recepción de la obra se revelan especialmente vistosas en la escritura, representación y lectura de la comedia áurea.

Sin embargo, que se incida en las estrategias de creación del sentido o, complementariamente, en los discursos oficiales sobre los buenos y malos libros, no significa que el acto de la lectura estuviera necesariamente cercado. Al contrario, éste, como señaló Michel de Certeau, no es ni más ni menos que una «cacería furtiva» en la que intervienen «el que organiza un *espacio legible* (una literalidad), y el que organiza el camino necesario hacia la *efectuación* de la obra (una lectura)». <sup>51</sup> Es decir, de un lado, el poder y los intelectuales *socialmente* autorizados que tratan de imponer una «literalidad» ortodoxa, una determinada recepción del texto, y del otro, el lector o la lectora que puede o no compartirla. Así, mientras que los discursos hegemónicos vigilaron estrechamente la lectura de determinados contenidos y ciertos géneros, en especial las obras de ficción y, entre éstas, la materia caballeresca, los testimonios históricos y literarios certifican la existencia de lectores y lectoras que transgredieron las normas y pasaron sus horas escuchando o leyendo libros y materias prohibidas. Su estudio nos remite, una vez más, a un juego de espejos que transita siempre entre las prácticas y sus representaciones. <sup>52</sup>

## VI

Termino. Con este volumen, inscrito, como señala Armando Petrucci en la *Presentación*, en la línea abierta por otras convocatorias y estudios anteriores, <sup>53</sup> se ha tratado de profundizar en la historia y los poderes de la cultura escrita durante el período que transcurre en torno al autor del *Quijote*. Un largo siglo, si lo entendemos en su acepción más amplia, durante el que se asiste a un cierto festín de la palabra escrita por cuanto ésta adquirió una presencia y visibilidad que no había tenido en los siglos anteriores. Sobraría con seguir espigando en la literatura áurea para toparnos de nuevo con vendedores ambulantes de pliegos y romances, papeles rotos por las calles, letreros hasta la extenuación, historias y relaciones vendidas en cualesquiera puestos callejeros, cartas cruzadas entre unos y

otros, o diarios y libros de memoria guardados en la faldriquera del Monipodio de turno. El prestigio de lo escrito, el «hablen cartas y callen barbas» de Pedro de Madariaga,<sup>54</sup> sale al paso a cada instante. Y la lectura y los libros configuran la identidad literaria de no pocos personajes. Entre otros, el Caballero del Verde Gabán, quien basaba también en ello parte de su buena condición:

Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas.<sup>55</sup>

¿Quiénes y por qué escribían?, ¿dónde y cómo lo hicieron?, ¿quiénes y qué leían?, ¿para qué y cómo? Interrogantes así son los que recorren las páginas de este libro concebido con el propósito de estudiar y debatir la difusión y la función social de la escritura y de la lectura en las sociedades europeas, con mayor atención a las ibéricas, de los siglos XVI y XVII. De todos modos tampoco es cuestión de descubrir ahora todas las cartas empleadas por los autores que aquí nos hemos reunido, sino tan sólo de apuntar los horizontes que se señalan, los bosques que se transitan y los itinerarios que se siguen. Lo demás corre por cuenta de los lectores y de las lectoras que se asomen al laberinto de estas páginas y olisqueen en cada uno de sus rincones.

## Notas

1. Juan de Yciar, *Recopilación subtilissima: intitulada ortographia práctica*, Zaragoza, Bartolomé de Nágera, 1548, fol. 1r.

2. Sobre esto véase Armando Petrucci, *Escribir para otros*, en *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, Gedisa («LeA», 14), 1999, págs. 105-116. [Originalmente, *Scrivere per gli altri*, «Scrittura e Civiltà», XIII, 1989, págs. 475-487, y en Attilio Bartoli Langeli y Xenio Toscani (comps.), *Istruzione, alfabetismo, scrittura. Saggi di storia dell'alfabetizzazione in Italia (sec. XV-XIX)*, Milán, Franco Angeli, 1991, págs. 61-74.]

3. Recientemente, la cuestión ha sido retomada y evaluada por Jacques Soubeyroux, *L'alphabétisation dans l'Espagne moderne: bilan et perspectives de recherche*, «Bulletin Hispanique», 100, 2, 1998, págs. 232-254: 232-236.

4. Además del trabajo de Armando Petrucci mencionado más arriba, sobre esta cuestión véase: Francisco M. Gimeno Blay, *Gli analfabeti e l'amministrazione: note sui loro rapporti attraverso la scrittura*, «Alfabetismo e cultura scritta. Notizie del seminario permanente» 7, 1986, págs. 10-14, y *Analfabetismo y alfabetización femeninos en la Valencia del Quinientos*, «Estudis», 19, 1993, págs. 59-101. [También en «Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa», Classe di Lettere e Filosofia, serie III, XXIII, 2, 1993, págs. 563-609]; A. Bartoli Langeli, *Scrittura e parentela. Autografia collettiva, scritture personali, rapporti familiari in una fonte italiana quattro-*

cinquecentesca, Brescia, Grafo, 1989, y *Scrittura e parentela. Gli scriventi apparentati in una fonte italiana quattro-cinquecentesca*, en A. Bartoli Langeli y X. Toscani (comps.), *Istruzione, alfabetismo, scrittura*, cit., págs. 75-108; Jacques Revel, *Conclusioni*, «Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa», Classe di Lettere e Filosofia, serie III, XXIII, 2, 1993, págs. 797-823: 800; Christine Métayer, *Humble métier et métier des humbles: l'écrivain public à Paris aux XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles*, «Scrittura e Civiltà», XVIII, 1994, págs. 325-349; y A. Castillo Gómez, *Escrituras y escribientes. Prácticas de la cultura escrita en una ciudad del Renacimiento*, Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias-Fundación de Enseñanza Superior a Distancia, 1997, págs. 308-319.

5. Archivo Histórico Nacional. Madrid, *Universidades*, Leg. 764, s. fol.

6. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, I, Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, («Biblioteca Clásica», 50), 1998, pág. 1044.

7. Henri Lapeyre, *Une famille de marchands: les Ruiz. Contribution à l'étude du commerce entre la France et l'Espagne au temps de Philippe II*, Paris, Armand Colin, 1955, pág. 58, n. 76. Además puede verse el cap. VII en relación a los libros de cuentas y de razón de los Ruiz.

8. J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social (siglos xv a xvii)*, II, Madrid, Alianza Editorial, 1986 [originalmente, Madrid, Revista de Occidente, 1972], pág. 181.

9. Véase James S. Amelang, *The flight of Icarus: artisan autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press, 1998. Como advierte el propio autor, el capítulo que se incluye en este volumen resume algunas partes de dicho libro.

10. Respectivamente, cfr.: Francisco M. Gimeno Blay y M.<sup>a</sup> Teresa Palasí Fas, *Del negocio y del amor: el diario del mercader Pere Soriol (1371)*, «Saitabi», XXXVI, 1986, págs. 37-55; Marie Rose Bonnet, *Livres de raison et de comptes en Provence, fin du xiv<sup>e</sup> siècle-début du xv<sup>e</sup> siècle*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1995, págs. 17-40, 97-115; Duccio Balestracci, *La zappa e la retorica. Memorie familiari di un contadino toscano del Quattrocento*, Florencia, Libreria Salimbeni, 1984, págs. 155-179; y Antoni Pladevall i Font y Antoni Simon i Tarrés, *Guerra i vida pagesa a la Catalunya del segle xvii. Segons el «Diari» de Joan Guàrdia, pagès de l'Esquirol, i altres testimonis d'Osona*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 1986, págs. 33-120.

11. *Dietari de Jeroni Pujades, I: (1601-1605)*, Edición de Josep M.<sup>a</sup> Casas Homs, Barcelona, Real Academia de Buenas Letras, («Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, XV»), 1975 pág. 67.

12. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, Lisboa, *Casa Cadaval*, 18, fols. 346-348: 346r.

13. A. Vieira, *Cartas*, I, Coordinadas e anotadas por J. Lúcio de Azevedo, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1997, carta LXXVIII, págs. 453-454.

14. Véase Lola Luna, *Las lectoras y la historia literaria*, en *Leyendo como una mujer la imagen de la Mujer*, Barcelona, Anthropos; Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer- Junta de Andalucía, 1996, págs. 102-128- [Publicado anteriormente en *La voz del silencio*, II, *Historia de las mujeres: compromiso y método*, ed. de Cristina Segura, Madrid, Asociación Cultural Al-Mudayna, 1993, págs. 75-96.]

15. Véase Ph. Berger, *Las lecturas femeninas en la Valencia del Renacimiento*, «Bulletin Hispanique», 100, 2, 1998, págs. 383-399: 393-394.

16. Véase N. Baranda, «Por ser de mano femenil la rima»: de la mujer escritora a sus lectores, «Bulletin Hispanique», 100, 2, 1998, págs. 449-473.



17. Véase Marie-Catherine Barbazza, *L'éducation féminine en Espagne au xvf siècle: une analyse de quelques traités moraux*, en *École et eglise en Espagne et en Amérique Latine: Aspects idéologiques et institutionnels*, Tours, Université de Tours, 1988, págs. 327-348.

18. *Instrucción para el gobierno del Archivo de Simancas (Año 1588)*, Estudio por José Luis Rodríguez de Diego, Madrid, Ministerio de Cultura-Dirección General de Bellas Artes y Archivos, 1989, pág. 97.

19. José Luis Rodríguez de Diego, *Archivos del Poder, archivos de la Administración, archivos de la Historia* (s. XVI-XVII), en Juan José Generelo y Ángeles Moreno López (coord.), *Historia de los archivos y de la archivística en España*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Valladolid, 1998, págs. 29-42: 42. Si antes de 1561 solamente se contabilizan diez peticiones, en la siguiente década rondan las 60, entre 1571-1580 superan la centena y en la posterior rebasan las 200, para disminuir en los años finales del siglo a poco más de 70.

20. British Library, Londres, Add. 28335, fol. 237r-238v. Cita J. L. Rodríguez de Diego, *Archivos del Poder*, cit., pág. 42.

21. *Instrucción para el gobierno del Archivo de Simancas*, cit., pág. 105.

22. Louis-Prosper Gachard, *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, I, Bruselas, Librairie Ancienne et Moderne, 1848, págs. 13-15: 14.

23. De sus paralelismos trata también J. L. Rodríguez de Diego, *La formación del Archivo de Simancas en el siglo XVI. Función y orden interno*, en M.<sup>a</sup> Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra (comps.), *El Libro Antiguo Español*, IV, *Coleccionismo y Bibliotecas* (Siglos XV-XVIII), Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional-Sociedad Española de Historia del Libro, 1998, págs. 519-557.

24. L. Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II, rey de España*, I, Edición dirigida por José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos, Valladolid, Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, 1998, pág. 292.

25. Véase al respecto las consideraciones de Armando Petrucci en *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín, Einaudi, 1986 (1980), especialmente págs. 43-49, y en *Poder, espacios urbanos, escrituras expuestas: propuestas y ejemplos*, en Armando Petrucci, *Alfabetismo, escritura, sociedad*, cit., págs. 57-69. [Originalmente, *Potere, spazi urbani, scritture esposte: proposte ed esempi*, en *Culture et idéologie dans la genèse de l'Etat moderne. Actes de la table ronde organisée par le Centre National de la Recherche Scientifique et l'École française de Rome (15-17 octobre 1984)*, Roma, École française de Rome, 1985, págs. 85-97.]

26. António M. Hespanha, *Visperas de Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal, siglo XVII)*, Madrid, Taurus, 1989 [originalmente, *As vésperas do Leviathan. Instituições e poder politico. Portugal, séc. XVII*, Lisboa, 1986], págs. 411-414.

27. Aunque comentado y tratado por cuantos se han ocupado de la figura de este rey, su apego al papel y a la pluma y lo que para él representaban los libros es una de las líneas en las que más ha trabajado Fernando J. Bouza Álvarez. Una selección de sus principales trabajos puede leerse y consultarse ahora en el libro *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal («Akal Universitaria», 200), 1998.

28. L. Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II*, I, cit., pág. 368.

29. Giorgio R. Cardona, *Antropología de la escritura*, Barcelona, Gedisa, («LeA», 3), 1994 [Ed. orig.: *Antropologia della scrittura*, Turín, Loescher editore, <sup>2</sup>1987], pág. 155 y, en general, págs. 154-174.

30. A. Petrucci, *L'illusione della storia autentica: le testimonianze documentarie*, en *L'insegnamento della storia e i materiali del lavoro storiografico. Atti del Convegno*

di Treviso, 10-12 novembre 1980, Messina, Società degli Storici Italiani, 1984, págs. 73-88: 85.

31. Véase G. R. Cardona, *Antropología de la escritura*, cit., pág. 186.

32. Lope García de Salazar, *Las bienandanzas e fortunas*, I, ed. de Ángel Rodríguez Herrero, Bilbao, Diputación Foral de Vizcaya, 1984, pág. 286.

33. «Alexandre, conuiene uos que sean *uestros* escriuanos por escreuir *uestras* cartas et *uestros* priuilegios escogidos quales yo dixe, que *uestra* carta muestra qual es *uestro* seso et *uestro* entendimiento et lo que queredes a los que uuen *uestra* carta; que la razon de la fabla es en su alma, et los escriuanos son el cuerpo, et el afeytamiento es la letra, et deue ser uiuo et muerto. Assy conuiene que sean *uestros* escriuanos que metan la razon conplida en buena palabra et en letra fremosa et apuesta...», Seudo Aristóteles, *Poridat de las poridades*, ed. de Lloyd A. Kasten, Madrid, 1957, pág. 50, y la «Introducción» (págs. 7-27) para los pormenores de la obra. Me ha puesto en la pista de estas lecturas el trabajo de Isabel Beceiro Pita, *El testimonio de los ausentes: escritura y sociedad en el reino de Castilla*, «Fundación. Revista para la Historia de España», 2, 1999, en prensa.

34. Véase el texto de las mismas en M.<sup>a</sup> de la Soterraña Martín Postigo, *Historia del archivo de la Real Chancillería de Valladolid*, Valladolid, 1979, págs. 472-493: 483.

35. Véase Aurora Egido, *Los manuales de escribientes desde el siglo de Oro. Apuntes para una teoría de la escritura*, «Bulletin Hispanique», 97, 1, 1995, págs. 67-94.

36. A. de Torquemada, *Manual de escribientes*, en *Obras completas*, I, Madrid, Turner («Biblioteca Castro»), 1994 pág. 37.

37. F. Rodrigues Lobo, *Corte na aldeia*, Introdução, notas e fixação do texto de José Adriano de Carvalho, Lisboa, Editorial Presença, 1991, diálogo II: «Da polícia e estilo das cartas missivas».

38. A. de Torquemada, *Manual de escribientes*, cit., pág. 124.

39. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., pág. 369.

40. Véase Roger Chartier, *La pluma, el taller y la voz*, en *Pluma de ganso, libro de letras, ojo de viajero*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1997, págs. 21-45.

41. Véase R. Chartier, *Ocio y sociabilidad: la lectura en voz alta en la Europa moderna*, en Id., *El mundo como representación. Ensayos de historia cultural*, Barcelona: Gedisa, 1992 [originalmente en «Littératures classiques», 12, 1990, págs. 127-147], págs. 121-145.

42. Junto al artículo citado en la nota anterior, véase Margit Frenk, *Entre la voz y el silencio (La lectura en tiempos de Cervantes)*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos («Biblioteca de Estudios Cervantinos», 4), 1997 donde se recogen buena parte de los trabajos que la autora ha dedicado a esta problemática.

43. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., págs. 369-370.

44. Apremia remitirse al estado de la cuestión presentado en R. Chartier y Hans-Jürgen Lüsebrink (comps.), *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe, xvi<sup>e</sup>-xix<sup>e</sup> siècles. Actes du colloque des 21-24 avril 1991*, Wolfenbüttel, París, IMEC Éditions-Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1996.

45. R. Chartier, *Lecturas, lectores y «literaturas» populares en el Renacimiento*, en *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México, Instituto Mora, 1995, págs. 139-156: 151; y ahora, *Lecturas y lectores «populares» desde el Renacimiento hasta la época clásica*, en G. Cavallo - R. Chartier (comps.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998 [ed. it., Roma-Bari, Laterza, 1995; ed. fr., París, Éditions du Seuil, 1996], págs. 413-434: 428.

46. Véase Ivan Illich, *Du lisible au visible: La naissance du texte. Un commentaire du «Didascalicon» de Hugues de Saint-Victor*, París, Les Éditions du Cerf, 1991; y Jacqueline Hamesse, *El modelo escolástico de la lectura*, en G. Cavallo y R. Chartier (comps.), *Historia de la lectura*, cit., págs. 157-185.

47. Un buen testimonio de ello lo tenemos en el poeta Fernando de Herrera. Cfr. Pedro Ruiz Pérez, *Libros y lecturas de un poeta humanista. Fernando de Herrera (1534-1597)*. Catálogo bibliográfico por Ana Rojas Pérez, Córdoba, Universidad de Córdoba-Servicio de Publicaciones, 1997.

48. Véase Anthony Grafton, *El lector humanista*, en G. Cavallo y R. Chartier (comps.), *Historia de la lectura*, cit., págs. 281-328.

49. Archivo Histórico Nacional, Madrid, *Inquisición*. Leg. 104, exp. 5, Proceso contra Isabel Ortiz (1564-1565), fol. 40v. Véase en mi libro *Escrituras y escribientes*, cit., pág. 350; y, más ampliamente, en mi trabajo *Autoría y lectura femeninas en el siglo XVI: el «librico de doctrina christiana» de Isabel Ortiz*, en Pedro M. Cátedra y María Luisa López-Vidriero (comps.), *El Libro antiguo español*, VI: *Lecturas femeninas en Europa (siglos XIV-XVIII)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000.

50. Véase Agustín Redondo, *Texto literario y contexto histórico-social: del «Lazarillo» al «Quijote»*, en *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, I, ed. de M. García Martín y otros, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, págs. 95-166; recogido ahora en su libro *Otra manera de leer el «Quijote»*, Madrid, Castalia («Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica», 13), 1997, págs. 23-53: 24.

51. M. de Certeau, *La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996 [originalmente, *L'invention du quotidien, I, Arts de faire*, París, Gallimard, 1990], págs. 177-189: 183.

52. Un proyecto en el que resulta muy fructífera y sugerente la lectura de los ensayos reunidos en R. Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996; y, del mismo, *Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación*, Valencia, Fundación Cañada Blanch («Cuadernos de trabajo», 2), 1999.

53. A los que menciona Armando Petrucci cabe añadir los monográficos de la revista «Bulletin Hispanique» que dan cuenta de un amplio y dilatado proyecto de investigación sobre la educación y las lecturas de los españoles en la época moderna conducido por François Lopez. Concretamente los siguientes volúmenes: *La culture des élites espagnoles à l'époque moderne*, 97, 1995; *Les livres des espagnols à l'époque moderne*, 99,1, 1997; y el ya citado *Lisants et lecteurs en Espagne, XV<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècle*, 100, 2, 1998.

54. P. de Madariaga, *Libro subtilísimo intitulado honra de escrivanos*, Valencia, Juan de Mey, 1565, fol. 35v.

55. M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, cit., pág. 754.